



GUATEMALA EN LA PALMA DE SU MANO

Claire Paillet*.

“pongo a mi tierra sobre mis rodillas, en la palma de mi mano.”

Luis Cardoza y Aragón

Guatemala, las líneas de su mano.

Paréntesis en un exilio de vida, el libro de Luis Cardoza y Aragón: **Guatemala, las líneas de su mano** es re-encuentro con una tierra, epitalamio de fervor y angustia, exultación y desgarramiento. Esta larga meditación-testimonio se abre y cierra de modo significativo con evocación de los paisajes patrios, preñados de historia y porvenir, atañendo tanto al individuo como a un pueblo. Desde:

El coche corría descubriendo paisajes para mi únicos en el mundo, y sus recuerdos, para mi únicos en el mundo. Allá, al pie del Volcán de Agua, Antigua y la casa de mis padres (...Al fondo de la calle, el triángulo perfecto del Volcán de Agua, enorme, sereno y azul, como siempre, sin una cana, una nube engalanando la cima dorada por el sol de la tarde (1), hasta:

Aquí está algo de mi niñez y de la trasposición de mi nostalgia: rasgos de la imagen de cómo yo desearía que fuera mi tierra. Están las nubes, los olores, las piedras, los sueños, las luchas, los pájaros, las esperanzas, los sabores, las congojas, los ruidos guatemaltecos (p. 421). Se comprueba una trayectoria donde la emoción primera, expresiva de una racha de sensaciones inmediatas, se ahonda y ensancha hasta ser

* Universidad de Toulouse, Francia

comunidad universal y duradera con cierto espacio y cierto tiempo.

Los primeros paisajes de "La Boca de Polen" comunican, en efecto, una emoción surgida de imágenes sensoriales instantáneas: su belleza determina, en el recuerdo y la conciencia del narrador, hondas conmociones que se manifiestan en la elección de los campos lexicales tan intensos como variados. Así traduce el gozo del retorno por la superposición del recuerdo de los niños *jugando y gritando* y el de la alegría de *la eterna cantata del agua verdinegra en la fuente del jardín, jubiloso de flores y enredaderas* (p. 10). La opulencia de florestas de Quauhtemallan viene sugerida por la abundancia del vocabulario, sus **enumeraciones caóticas**, sus repeticiones acumulativas:

El vientecillo de agua que se acerca sacudiendo el espacio como una arpa ciega estremece la selva, desde los chicozapotes y cohunes hasta la hierbecilla de la sombra, latiendo entre las piedras verdosas de musgos, lianas, hongos y líquenes. Los bejucos, las ramazones que ciegan el sol, se estremecen como barcos en catástrofe. La atmósfera se enfría con el viento que aproxima la catarata, (etc.) (p.13) (2). Del mismo modo la exuberancia devastadora de la selva tropical se traduce en el derroche de imágenes, por la depredación semántica que va derrotando toda lógica para que surja un mundo más allá de la realidad:

Las raíces (...) echan a volar su ímpetu en las ondulantes mezquitas de la jungla que cercaron ciudades con rampante marea (...). Ya sin tribulaciones, tomadas al abordaje, metrópolis naufragaron haciendo selva por las quillas rotas. Enredaderas trepan con frenesí por las columnas, en cuya corteza los hongos establecen sus campamentos y las orquídeas se confunden con las aves... (p. 14-15) (3).

La insistencia redundante del estilo va suscitando pues en el lector la misma emoción del narrador, dando lugar primero a una simpatía

con lo evocado fundada en el sentimiento estético, en la sutil armonía de formas, colores, sonidos y olores. Pero si el paisaje introduce al dominio de lo sensible por lo sensorial, su verdadero sentido trasciende las apariencias para dar paso a otra realidad, aquella que toca a lo esencial; sus elementos ya traen aquel "suplemento de alma" que recogieron de la historia personal del narrador:

La emoción no proviene sólo de la opulencia del paisaje, sino del estado de alma que engendra (p. 20).

Este paisaje para mí nunca podrá ser sólo su propia hermosura y majestad. Ligado está a mi vida, a la luz que vi por vez primera (p. 25).

La compenetración y fusión logran ser totales: el paisaje es alma, y el narrador proclama: *Soy la tierra de mi tierra* (p. 25). El despertar de la conciencia con el abrir de ojos frente a una tierra rozagante, vista en el deslumbrar del alba. La plenitud de la niñez y el fervor de la adolescencia se vierten y reflejan en el inacabable presente de un paisaje familiar, partícipe de todo el proceso vital:

La tierra es eso: la infancia, los ruidos, los olores, el humo de la leña de la cocina (...), el rumor eterno, familiar de la fuente (...), la hermana menor que llora, el padre que trabaja en el escritorio, la lección de piano y el temblor de tierra que nos reúne a todos en el centro del patio mientras oscilan enfrente los muros de la catedral (...). La adolescencia, pólvora ardiendo bajo la lluvia. Oigo y veo y huelo la lluvia de Antigua, bajando por cerros y volcanes, repicando sobre tejas y láminas... (p. 28-29).

A esta tierra se le dedica entonces un himno jubiloso, expresión de ternura y comunión feliz:

Guatemala, cuando aspiro tu refajo de bosques, cuando hundo en tu huipil de pájaros mi cabeza de tormentas, me anega tu aliento de maíz y volcán, tu espina aguda de picaflor (...).

A veces no se cómo me llamo, donde está el Sur, si soy tú o eres yo (...). Si soy cascada, nube, torre de cristal y sueño. Siempre mis ojos habrán de verte a tus quince años, que son los míos... (p. 30-31).

En el resplandor de esta mañana édenica, el narrador ya poeta se apodera del paisaje, se lo asimila, nombrándolo, en un acto de canibalismo amoroso que llega a la consubstanciación:

Mi mano sabe de memoria cada uno de los valles, de los ríos que los recorren como enredaderas, de las barrancas, las cumbres, los mares de tu rostro. Te identifica los dedos, te modelan como miga de pan (...). Te recorro como enamorado ciego (...) (p. 29).

Asiéndote por el Pacífico, o el Petén sirviéndonos de pedúnculo del girasol, (...) estrujo el mapa y lo ordeno en flor (p. 30-31).

Al despertar, después de haberme consubstanciado con el campo llagado por el sol y con la noche, vigilia y sueño de mi tierra, tengo la boca muda de polen... (p. 38).

La referencia al paisaje es tan esencial que llega a ser condición determinante y clave para la interpretación de una obra literaria del pasado: así este mismo amor rústico y rudo hacia la tierra natal establece la comprensión y permite apreciar el justo alcance de la **Rusticatio mexicana** como obra fundadora:

Landívar cantó nuestra tierra, nuestra vida, como sólo el la ha cantado (p. 181).

¿No es extraordinario cómo, a pesar de su neoclasicismo (...) supo ver mucho del hombre y la naturaleza de su pueblo? (p. 202).

Recordemos a Landívar, maestro de la poesía descriptiva, tal como lo deseó recordar América: enamorado de su realidad, Rafael Landívar, nuestro padre, sabe a mi tierra (p. 206).

El paroxismo emotivo que nace del paisaje difícilmente se justificaría por la mera conmoción estética, ni el estremecimiento pasional que surge al contacto con una tierra ubérrima puede proceder de una naturaleza instalada en su pura hermosura, aunque sea la del vuelo irisado del guacamayo. Esta tierra guatemalteca es también la tierra de los hombres de maíz; no es solo espacio: tiene vida, tiene alma. Por sus venas corre la sangre antigua indígena; los indios inmutables le confieren tiempo vivo, duración, historia:

La base indígena es un solo cuerpo, un ciempiés, por campos y caminos, llevando auestas la vida del país, el país mismo (p. 96).

Una raza se expresa por el paisaje, y el paisaje encarna en un raza o, mejor, en un pueblo. Porque la tierra fue y es de todos los hombres que, por las buenas o por las malas, se afincaron allí; y así, lo que nace al contemplar un paisaje pintoresco no es goce descriptivo, sino meditación y comunión con siglos de antepasados y entre ellos, con igual presencia que los autóctonos, el conquistador español, cuya mayor expresión representa Bernal Díaz del Castillo:

La tropa se identificó en Bernal Díaz del Castillo. Y con sangre se identificó la tropa con lo conquistado, en el vientre preñado de la india (p. 170).

Díaz del Castillo ya era un poco de esta tierra, un poco, fuerte aún en su primaria posición brutal y, seguro de su misión española, resbalaba en el tiempo hasta nosotros... (p. 171).

El paisaje adquiere así su pleno sentido, colmándose con historia, cobrando su verdadero estatuto de fundamento vivo de una nación mestiza:

La sangre antigua, de otro clima, llega arrastrando la tierra roja de los ídolos, con el rayo animal del tigre, el maíz amarillo, la orquídea y el colibrí, hasta los capiteles mediterráneos (p. 98).

No se trata, pues, no se trata nunca, de satisfacerse con un pintoresquismo somero; más allá de las apariencias, por más lisonjeras que sean se halla la profunda y caudalosa corriente de vida donde echa raíces la historia guatemalteca, donde se origina el proceso de formación de la **guatemaltequidad**:

Deseamos ir, hombres iguales y contemporáneos, con algunos rasgos privativos más allá de lo pintoresco. Hace tiempo lo exótico es esa garrulería que no recoge el drama íntimo ni el drama radical de un pueblo para enlazarlo con la universal.

El juego exterior sin vínculos con lo genuino y esencial, el rebuscamiento folklórico, poco interesa en relación al drama del hombre (...). Lo nuestro está más allá de las plumas del guacamayo (p. 248-249 y p.254).

El paisaje refleja la historia patria, obra de los innumerables anónimos que la construyeron, "intra-historia" según el concepto mismo de Unamuno, con su carga de drama, pica y pasión; historia global y de edades, historia también de fervor y entusiasmo individuales, en la que el estremecimiento de la ternura establece vínculos entre generaciones y razas:

En nuestro mestizaje he sentido inclinación hacia la cepa en que se injertó la rama española (...) porque vi, con ojos definitivos de la niñez, la misma naturaleza que los indígenas dominaron y porque los paisajes en que nacimos - mito, leyenda, historia - nos son comunes. Esas tareas y la fuente de emoción compartidas son herencia de muy preciada significación. A Bernal Díaz del Castillo lo siento mío, aunque haya asesinado a mis abuelos indígenas que aún sollozan en mi corazón: vivió nuestra naturaleza, luchó con ella a su modo, como ellos... (p. 253).

El paisaje, tanto natural como humano, se presenta pues como un compendio - un microcosmos - del mundo guatemalteco bajo todos sus aspectos. Lo que pudo parecer mero alarde de costumbrismo en la minuciosa y

detenida evocación de los mercados populares, con los colores, olores y rumores de una multitud tornasolada, se justifica en verdad por el papel primordial de estos emporios en la vida económica y social del país; señal de una organización económica diversificada en extremo, los mercados populares son también un acto "ritual", manifestación clave de una actividad perenne:

Existe un mundo indígena, propio y policromado, pasivo y tolerante hecho añicos y, sin embargo, coherente y unido por la misma inhumana vida económica, por la estructura religiosa y política, por la cultura y el ambiente, marginal a nuestra vida (...). En los mercados se manifiesta el panteísta mundo indígena, los vínculos regionales, porque ninguna comunidad aborigen produce todo lo que consume; y se manifiestan los vínculos con el mundo católico, así como la integración con el Estado guatemalteco... (p. 389).

El paisaje guatemalteco viene a ser reflejo del estatuto marginal que se les impuso a los indios desde hace siglos. La impronta indígena lo ha marcado ya, indeleble. Frente a él, no puede haber contemplación exterior, sino visión por dentro y comunión y así se repudia, explícita y tajantemente, el pintoresquismo adulterado:

Mi tierra no es una tierra exótica. Es una tierra matinal cuyo interés más hondo radica en las creaciones y expresiones históricas populares, más allá de cualquiera devoción pintoresca. El color, aquí, es inevitable, y sólo cuando es inevitable por ser de tan buen tinte (...) ha permanecido indeleble más allá del afán descriptivo y localista (p. 419).

La tierra vive, de hecho, en ósmosis con sus pobladores, es tierra humanizada, hasta la identificación y complementariedad:

El indígena (...) es sólo tierra, tierra que trabaja la tierra (...). El indio, con el traje más alegre del mundo, todo color, y en el campo más alegre del mundo, todo color, opulento y frutal, el

indio, todo tristeza (p. 401-402).

El libro se cierra en la nostalgia: ya el ciclo se acabó, que empezara con el retorno a la tierra natal. Sofocada la revolución de la esperanza, el narrador concluye su libro mientras va probando nuevamente los frutos amargos del exilio. Pero la tierra permanece, y permanece esta celebración y ostentación de una tierra nupcial, de una tierra sacra. Seanos lícito recordar el verso final de Baudelaire:

Ton souvenir en moi luit comme un ostensor.

NOTAS

- 1- Todos los textos de **Guatemala, las líneas de su mano** van citados por la edición del F.C.E., México, Colección Popular, 1965. Aquí, p. 10-11.
- 2- El subrayado es nuestro.
- 3- Id. Podrían darse muchos ejemplos más de este trabajo de la escritura. Véase, verbigracia, cómo viene sugerida la luminosidad apacible del campo quiché en diez líneas articuladas en las palabras clave (p. 96):
 - a) la luz: "luminoso, sombras, sol, centellea, radiante".
 - b) la paz: "tendido, lacio, delicia, serenamente, diluirnos, plácido, inmóviles, lentos, durar toda la vida"...

